

¿QUE SIGNIFICA EL «SEGUIMIENTO DE CRISTO» EN EL CONTEXTO DE LA VIDA RELIGIOSA ACTUAL? *

El historiador alemán Gole Manu, ha señalado hace algún tiempo que «el hombre llegará a ser ciego con respecto a sí mismo y de este modo, al futuro, que él llegará a ser ciego e ignorante con respecto a su pasado».

En la verdad de esta afirmación, que está suficientemente probada por la experiencia, reside el derecho a celebrar los centenarios históricos. Aún hay más: en un tiempo cuya relación con la historia parece estar «rota» en muchos terrenos, es ciertamente una necesidad hacerlo.

El año 1980 nos ofrece más que una oportunidad en el terreno de las diversas Iglesias Cristianas.

Me sea permitido que presente mi tema sobre «el seguimiento de Cristo en la vida religiosa de hoy» en el contexto de 1500 aniversario de San Benito.

Pienso y confío que esto esté permitido también en Loyola. Esto lo fundamento desde dos motivos:

1. Porque vivo en una Comunidad que está fuertemente imbuida por el encuentro con San Benito y se esfuerza por unir en una síntesis vital la eclesialidad Luterana y la espiritualidad Benedictina.

2. Porque creo que la Regla de San Benito no contiene otra cosa que la Respuesta al desafío de la llamada evangélica del seguimiento de Cristo.

* Ponencia tenida en el II Congreso Internacional de religiosos de Loyola Organizado por los Secretariados de Ecumenismo de Bilbao y San Sebastián (27 octubre - 2 noviembre 1980).

Creo que además pertenece a una evidente actualidad del proyecto de vida benedictino el que se manifiesta en su total continuidad el Carisma de su origen como una forma del ser cristiano moderna y al mismo tiempo abierta al futuro. En este contexto veo también y no es una salida programada de antemano, la renovación de la vida comunitaria en las Iglesias de la Reforma desde la 2ª Guerra Mundial.

Permítaseme formular de forma muy personal lo que es importante en nuestra comunidad en el encuentro con San Benito. Pienso que con esto ya estamos dentro de nuestro tema.

1) En primer lugar está el reconocimiento totalmente inmediato al principio y luego comprobado al pasar por la reflexión crítica de que el encuentro con San Benito y su Regla, es un encuentro con el Evangelio vivido. El Monacato, la vida Religiosa, son legítimos cumplimientos del Evangelio en la existencia de los cristianos o, para decirlo con la conocida formulación del prólogo: vida «sub ducatum Evangelii». Este era un reconocimiento importante, por no decir el decisivo, que recibe su valoración desde el fondo del rechazo tradicional de la vida comunitaria en el protestantismo anterior y desde aquí del «olvido del Convento» que ha sido su consecuencia.

Antes se decía. ¿Orden evangélica? Un pensamiento imposible, una contradicción en sí misma. Hoy como lo muestra la carta Pastoral de los Obispos Luteranos de Alemania en 1976, se ha producido un cambio de mentalidad sorprendente, porque en este documento se lee: «Vemos la vida Comunitaria como una fuerza de la renovación eclesial, y recomendamos a las Comunidades para que pensando en la renovación eclesial, vean en las Comunidades formas legítimas de la vida cristiana».

2) No existe duda alguna de que para San Benito, y aquí se mueve completamente en el terreno del Nuevo Testamento, el «Seguimiento de Cristo», no es algo extraordinario o una obra especial de una élite cristiana o el privilegio de algunos cristianos «decididos». No, se trata de la forma primitiva de toda consumación de la vida cristiana. La llamada de Cristo que nos ha convocado a todos en el bautismo exige de todos una decisión total de la fe y de la vida. El ser cristiano sin consecuencia alguna para la vida personal y para el mundo que nos rodea, tanto en lo pequeño como en lo grande, es

una *caricatura* de lo que el Nuevo Testamento describe como el seguimiento de Cristo.

También sería una reducción ascética del Evangelio si se adscribiera o reconociera el seguimiento de Cristo sólo a un cierto grupo de cristianos, si se quisiera postular un «status perfectionis», un cristianismo de cuño más elevado que se diferencia cuantitativa y cualitativamente de las posibilidades que se han dado al cristiano «normal» en el mundo.

La teología monástica de los dos últimos siglos, al menos desde el Vaticano II, está de acuerdo en esto. Antes de que hablemos de «divididos», tenemos que señalar lo común, lo que une a los cristianos de todas las formas de vida en la Iglesia y tenemos que recalcar: en virtud del único bautismo, somos llamados a la santidad, en el Pueblo de Dios, El seguimiento de Cristo es la «Suprema regula» del Evangelio que vale para todos y no sólo para los miembros de las órdenes religiosas. El seguimiento de Cristo es la palabra clave y al mismo tiempo la *tarea fundamental* de todos los cristianos. A todos va dirigida la llamada de Jesús (y en El la llamada de Dios), todos son llamados a la conversión y a la penitencia (Mc. 1, 45) a una nueva realización existencial (2 Cor. 5, 17). En esto está incluido el desafío perenne al que todo llamado debe responder con la totalidad de su vida, si quiere participar en la vida de Cristo y en la salvación de Dios.

3) Todos nosotros estamos comprendidos en el anuncio de salvación hecho en Jesucristo, todos somos reclamados por su llamada. Ciertamente lo sabemos y lo experimentamos cada día de nuevo: el modo del seguimiento es diferente en cada caso. El NT nos lo muestra de forma tan clara que nos podemos ahorrar la fundamentación bíblica que es exhaustiva: hay tantas posibilidades de vivir el seguimiento de Cristo cuantos son los hombres que tratan de vivirlo. No existe ninguna duda que el centro que nos une es la persona de Cristo y el mensaje del NT. Lo específico cristiano en los cristianos está en encontrar la forma de vida de Cristo. Este es el sentido del seguimiento de Cristo. No se trata, expresado de forma muy clara, en primer lugar en la confesión de su persona sino del SER y PERMANECER en EL.

No es difícil entender que el fin es el mismo para todos los hombres pero los caminos por los que se realiza son diferentes.

Mientras que desde los días de Jesús y de la primitiva Iglesia hasta hoy, la mayoría de los cristianos tienen que realizar su llamada y su fe dentro de un *orden de creación y conservación* (es decir, en el matrimonio, familia, trabajo, sociedad, política, etc...), otros, en virtud de una *llamada especial de Dios* (y con ella de los carismas dados) realizan su vocación de modo que se comprometen en una libertad lo más grande posible, mediante la renuncia al matrimonio, familia, posesión y a la propia voluntad, siguiendo a Cristo en la Iglesia y en el mundo. Es claro que la vida comunitaria se entiende como una forma de respuesta obediente a la llamada del seguimiento y al discipulado de Jesús, pero no es la única forma. La vida comunitaria quiere tomar en serio la reivindicación del evangelio y colocarse en la línea de una clara ordenación de la vida que posibilite la expresión de la fuerza vital del Evangelio en la comunidad de la fe en Cristo y en la fraternidad del amor.

Para todos vale, sin distinciones calificativas, la palabra de San Pablo contenida en 1 Cor. 7, 14. Lo decisivo es que en la complementariedad del cuerpo de Cristo, en el misterio de la Iglesia, la vida y el envío de Cristo, son continuados así como la obra salvífica de Cristo en el mundo.

4) *¿Pero qué es lo propio de la vida religiosa en el contexto del seguimiento de Cristo?* En primer lugar, los cristianos que viven comunitariamente responden con su entrega, su disponibilidad, con su compromiso de fe y con el testimonio de su servicio, de modo que la fe y la vida, la justificación y la santificación, el estar libre para Dios y para la venida de Su Reino y el estar libre para los hombres, necesitan una forma unitiva y vinculante.

En segundo lugar, para testificar, por medio de su vida, que merece la pena, también en el horizonte de la hodierna experiencia mundial, aventurarse en una vida que está enclavada en la fuerza atractiva de la perla preciosa (Mt. 13, 46), y de actualizar el valor, que excede todo, de la Basilea de Dios (Mt. 6, 33), lo único necesario (Lc 10, 42); es una vida vivida según los consejos evangélicos.

Me parece que lo decisivo es que un grupo de hombres (como el círculo reducido de los discípulos de Jesús) se obliga comunitariamente ante la llamada del seguimiento del Evangelio. Siguiendo el modelo y el ejemplo de la primitiva comunidad de Jerusalén, quiere vivir *la fe y el Evangelio en comunidad*. No

sin razón el texto de Hechos 2, 42 es la carta Magna de la vida comunitaria, «un lugar» monástico primitivo que ha sido incorporado también en la Regla de San Benito.

La experiencia nos muestra que la fe es comunicativa en su forma fundamental, que el personalismo del Evangelio (la llamada al seguimiento de Jesús) y la socialidad de la fe se precisan recíprocamente, y que el seguimiento y la comunidad forman un todo, que el seguimiento de Cristo también tiene una dimensión eclesial. Como lugares de una vida espiritual vinculante y de una fraternidad de vida y de un servicio comprometido para la Iglesia y para el mundo. Las comunidades son una llamada a la Iglesia para que examine a fondo los ideales y finalidades de su vida, por ejemplo, su dimensión fraterna (1 P. 2, 17, Mt. 23, 8). De este modo las comunidades pueden ser, como centros de renovación cristiana, un desafío y al mismo tiempo un estímulo para la iglesia del pueblo. Como «inquietud» puesta por Cristo en el cuerpo de la Iglesia, las comunidades pueden indicar el valor de grupos no numerosos.

5) Precisamente porque las comunidades quieren percibir su llamada a la vida comunitaria en la Iglesia y en su lugar y servicio están determinadas desde la voluntad para la solidaridad eclesial, saben que la Iglesia de Jesucristo es mayor que su propia Confesión. Su compromiso ecuménico no puede ni quiere contentarse con «el escándalo de la división de los cristianos que tan fácilmente confiesan el amor al prójimo y sin embargo permanecen divididos» (Regla de Taizé). Encuentros con comunidades católicas, ortodoxas y anglicanas como lo experimentamos aquí en Loyola y en otras partes, nos regalan, a pesar del dolor de la separación, la experiencia de una unidad mayor en el amor de Cristo, que permite que las fronteras confesionales anteriores aparezcan en otra luz, y ciertamente en su relatividad total.

Precisamente, en conexión con el 1.500 aniversario de San Benito, el gran santo de la cristiandad indivisa, deberíamos dejarnos desafiar más profundamente para recoger la llamada de la presentación visible de la unidad de los cristianos como religiosos. Deberíamos insistir con todas nuestras propias comunidades en que hemos de ser más que nunca lugares de oración continua por la unidad, de encuentro y de hospitalidad ecuménica, llevando a la práctica todo lo que une, para realizar el deseo de Cristo (Jn 17).

Quisiera tocar en una *segunda parte*, algunas cuestiones,

no tan ordenadas de modo tan sistemático, las cuales opino, que podrían ser importantes para nuestra vida de seguimiento a Cristo en conexión con la Vida Religiosa de nuestros días:

1) Es conocido de todos que San Benito no escribió su Regla para «Virtuosos de la Religión», sino para principiantes (Cap. 73). Para hombres, que fascinados por el Reino de Dios y por Jesús consagran toda su vida a la búsqueda de Dios (Cap. 58). Así pues, para hombres que han sido «tocados» por Dios, que han sido «convocados» por su llamada y que no obstante saben que dependen de la gracia de Dios en su pecaminosidad, y que solo por ella pueden vivir. ¿No encuentra en la vida religiosa su encarnación la «sola gratia» del Evangelio, uno de los grandes temas de los Reformadores?

San Benito cuenta con que el monje en su oír a Dios (Prol. 1) permanece sensible a las inspiraciones del Espíritu, y de este modo queda también abierto a la «dinámica de la provisionalidad» (Taizé), incluso en sus propias experiencias espirituales de Dios, con sus hermanos y en el desafío del mundo. ¿Llevamos nosotros a la práctica que ser *cristinao* dentro de una Comunidad significa también una vía hacia el convertirse cada día en *cristiano*? ¿Cuántas veces nos quedamos atrás de Aquel que nos ha llamado? Puesto que este es el camino de Cristo, el cual nos antecede y tras el cual nosotros caminamos, no se halla desposeído de las Promesas. ¿Qué nos queda por hacer sino alzar nuestras manos, teniendo en cuenta una valoración realista de nuestras posibilidades y limitaciones, manteniendo siempre vivo el «grito del anhelo por la patria celestial» (Capítulo 73)?

2) Muy a menudo nos sale al encuentro una actitud de espera por parte de hombres que viven en el mundo, los cuales piensan que nuestros claustros y comunidades son centros de una vida espiritual intensa, es decir, quieren ver a los religiosos como especialistas de la experiencia divina, de la oración de la meditación. De hecho se esconde tras semejantes declaraciones una justificada demanda que no podrá jamás ser tomada suficientemente en serio.

Pero también pertenece a la credibilidad de nuestra vida espiritual, del seguimiento de Cristo, que no podemos ocultar a los demás lo siguiente:

— Que nosotros somos hombres «que no pertenecen al

mundo» (Jn. 17), pero que «están en el mundo», que no se han despedido del mundo todavía, o sea, que nosotros no solo conocemos el mundo secularizado de nuestros días, sino que nosotros mismos pertenecemos a él y en el tenemos que vivir.

— Que nosotros no solo conocemos la alegría de la oración, sino también su necesidad y ello por propia experiencia y las penumbras de un Dios tenebroso en nuestra propia vida que hay desafíos, luchas, derrotas y que se dá la pobreza de unas manos vacías, de tiempos estériles, de la aridez del espíritu, etc.

¿No tiene que ver también el *seguimiento de Cristo* algo con la Cruz (Mc. 8, 34 ss.)? No solamente que nosotros entendamos la pérdida del prestigio social de la vida religiosa como obediencia a la Cruz, sino en un sentido mucho más hondo y existencial: Cristo quiere también adquirir una configuración y ello justamente en nosotros, de tal manera que en nuestra debilidad llegue a plenitud su fuerza (2 Cor. 12, 9 ss.). La parábola del grano de trigo pertenece a los más íntimo de nuestra vida (Jn 12, 24).

3) De éste modo surgió la cuestión de un ejercicio de nuestra vida espiritual en un sentido más profundo. «Sin una vida que se alimente de las verdaderas fuentes de la Palabra de Dios y de la Santa Eucaristía, no podremos nunca esperar seguir con fidelidad nuestra vocación. Las Bienaventuranzas y el Sermón de la Montaña, el espíritu de alegría, de simplicidad y de misericordia que de ellos surgen, nos forman a todos en comunión, diariamente para una vida de acuerdo con el Evangelio». Así dice Taizé y con ello se confirma nuestra experiencia.

Por otra parte tenemos siempre que cuestionarnos cómo podemos llegar del postulado teológico del seguimiento de Cristo a la realidad espiritual. ¿Qué hacemos nosotros para profundizar y vivificar personalmente la oración litúrgica y nuestro servicio común de Dios, sobre el cual nada contiene que tener preferencia, según la Regla de San Benito? (cfr. n.º 43). ¿Nos comportamos con tal seriedad que, junto a los sacramentos, la Palabra de Dios sea, en primer lugar, el aspecto fontal de nuestra existencia espiritual?, ¿no sería recomendable que desarrolláramos de forma positiva el estilo de nuestros encuentros tenidos hasta ahora en Loyola (I y II) en el sentido de un estudio bíblico común y de un intercambio sobre la Escritura?

Tenemos buena experiencia de ello en nuestra comunidad. Además de ello, el «*mutuum colloquium*» y la «*consolatio fratrum*» nos podría conducir a una experiencia personal y corporativa de Dios.

Esperamos de Cristo la renovación continuada de nuestro ser y no de nosotros mismos o de nuestra mutua simpatía ni tampoco de tareas comunes. Únicamente Cristo es el misterio más íntimo de nuestra vida de seguimiento.

4) El P. Crispín Harison, CR, ha señalado con razón el carácter profético y escatológico de la vida religiosa. La vida según los consejos evangélicos testimonia en la Iglesia la dimensión de la «total alteridad» y de la «no pertenencia al mundo». Los consejos evangélicos son signo de una forma de vida alternativa que no se agota en un pensamiento consumista y de puro rendimiento, en un esfuerzo por conseguir la felicidad intramundana o en una esclavización del egoísmo. Gozar, poseer y poder, esclavizan al hombre y lo enclaustran en sí mismo frente al amor superior de Dios y del prójimo. La vida según los consejos evangélicos que sustrae al religioso de la fascinación del placer, el poseer y el poder, es por otra parte un signo de la libertad y de testimonio de esperanza y nos señala que la forma germinativa y de modo pleno al final, llena los deseos más profundos del hombre.

Es un importante reconocimiento de la vida religiosa y de su teología en nuestros días el que esta dimensión profético-escatológica que pertenece intrínsecamente a la vida religiosa no conduce a una piedad desencarnada y alejada del mundo. Reducir la vida de los consejos evangélicos a la protesta y a la provocación sería parcial ya que al mismo tiempo hace posible la alegría del Evangelio en el servicio al mundo y a los hombres. La función de signo escatológico y el compromiso de encarnación con el mundo se condicionan y se completan a la vez.

Por estas razones, hay cristianos, que viven en comunidad, que no se han retirado del mundo ni para alcanzar la salvación de su alma ni para refugiarse en una isla de santos, que están alejados del mundo malo. Su compromiso de fe consiste en un testimonio de disponibilidad, de servicio y en un estar libres para los hombres. El Concilio de los Jóvenes de Taizé, la Madre Teresa de Calcuta, tendrían que ser signos que nos llamaran la atención. Pero con esto no olvidamos la oferta menos

espectacular de la meditación, silencio y dirección espiritual en nuestras casas de retiro (como se da aquí en Loyola). Podríamos mencionar los numerosos servicios diaconales de religiosos, hombres y mujeres, que están presentes en los puntos neurálgicos de nuestra sociedad, es decir con los hombres que se encuentran en necesidad, no sólo material sino también humana y espiritual. No se trata, sin embargo, de seguir insistiendo aquí en el hecho de que el evangelio vivido del seguimiento de Cristo, la «predicación sin palabras», es más importante y más eficaz que la evangelización sólo verbal.

Yo desearía preguntar:

a) ¿Cómo podemos animar a los hombres que vienen a nosotros y a nuestras comunidades con grandes y a menudo justificadas esperanzas para que adquieran una vida espiritual diaria, matrimonial, familiar, profesional y social sin convertirlos en «minimonjes» o «minireligiosos»? ¿Cómo podemos inspirarlos desde nuestra experiencia de una vida creativa propia de seguimiento?

b) Esta cuestión se me suscita considerando ante todo la multitud de jóvenes que vienen a nosotros. Sus aspiraciones son a menudo tan exageradas, como sus exigencias a nuestra vida. De todas maneras sus demandas quedan como un aguijón clavado en nuestra vida.

¿Cómo se contempla entre vosotros, no como postulado teológico, sino como realidad actual, el no estar alejado del mundo, ni de los hombres? ¿Se puede deducir de vuestra experiencia que la vida religiosa —propia de dicha— es una forma de vida en desafío, que uno puede describir con tres palabras: *alternativa, radical y concreta*?

¿Es posible que otros adivinen desde nuestra vida cotidiana de religiosos, que la radicalidad del Evangelio representa en realidad la alternativa cristiana, alternativa a los criterios del mundo lo mismo que a los principios de una iglesia excesivamente instalada y dispuesta a cualquier compromiso? ¿No reina entre nosotros más la instalación que la contradicción más el pragmatismo que el carisma, más el compromiso que el compromiso definitivo?

Más preguntas que respuestas. Algunos de vosotros conocéis seguramente el proverbio chino: «Es mejor encender una vela que quejarse de la oscuridad». Lo que a menudo podemos

hacer es solo encender pequeñas velas. Pero lo hacemos con la esperanza de que estos pequeños cirios sean un preludio de la Luz Verdadera, de la incomprensible Luz de Dios. Tengamos el coraje de encender otra vez nuestras pequeñas velas incluso cuando continuamente se ven amenazadas de ser apagadas, para que en la Iglesia y en el mundo pueda lucir más y más Cristo, la Luz Verdadera.

[Traducción de L. Muro].

DR. J. HALKENHÄUSER